

Bibliofilia

Eulalio Ferrer

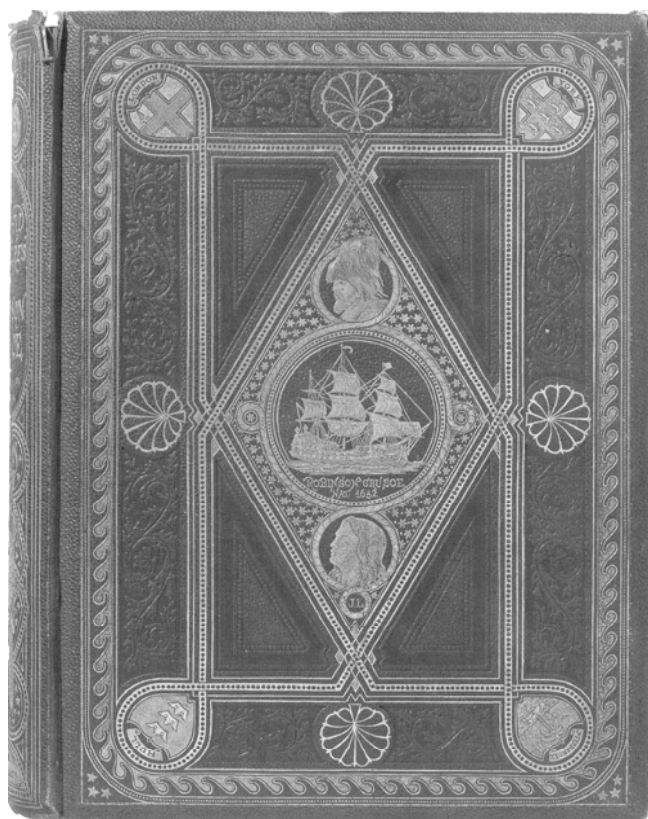
El amor por los libros y la lectura amenazan siempre con desaparecer, ya sea frente a la barbarie o al desarrollo tecnológico. Sin embargo, su papel civilizatorio sigue siendo innegable. Eulalio Ferrer, merecedor del Homenaje al Bibliófilo 2005, nos demuestra que la bibliofilia permanece y se mantiene como una parte fundamental de nuestra cultura.

El premio que se me otorga tiene sustancia y envoltura amorosas. Lo recibo con amor y gratitud. Por lo mismo, pienso que se trata de un signo emblemático de generosidad, desafiando las mutilaciones y traiciones de nuestro tiempo. Y es que el libro, con su convocatoria múltiple de lectores, suele ser, desde la coincidencia preferencial de gustos y saberes, un cultivo abierto de afinidades y gozos fraternos. Genera y confiere méritos. Montaigne supo sintetizarlos en tres clases de comuniones: la del amor, la de la amistad y la de los libros. La



de los libros, como eje medular de la edad verdadera de cada uno. Ya se ha dicho, frente a los alardes vanidosos, que hay gente de treinta años que tiene o cita libros que necesitaría siglos para haberlos leído. Lo que no desmiente la sed voraz que nos lleva, desde muy niños, a querer leerlo todo, conscientes quizá, de que la vista es el órgano máspreciado del cuerpo humano y de que la luz es el arca de los mayores misterios de nuestra vida.

Navegar por el ancho mar de los libros es uno de los grandes placeres existenciales. Nuestro barco es demasiado pequeño, en el presente texto, para dar cabida detallada de su historia. Acaso, puedan perfilarla, nunca sustituirla, algunas citas y hallazgos que velean por ese ancho mar, desde las delicias laberínticas, por ejemplo de *Las mil y una noches* o del *Trafalgar* de Pérez Galdós. ¿Valdría recordar que James George Frazer necesitó veinte años de trabajo, a razón de doce horas por día, para dar cima a su *Rama dorada*? ¿O de que Stendhal utilizó cuarenta y tres seudónimos a lo largo de toda su obra? En una derivación de estos ejemplos, posiblemente cabría mencionar la confesión de Borges de que sería feliz si una de las muchas líneas que escribió pasara a la historia. O el del contenido de Octavio Paz si se recordara una sola cuarteta de sus versos. De Victor Hugo es la versión de que Alejandro Dumas creó la sed lectora. Añadiríamos que el hijo de Alejandro Dumas, que compitió noblemente con su padre, fracasó en sus varios intentos para que Julio Verne —admirador del anarquista Eliseo



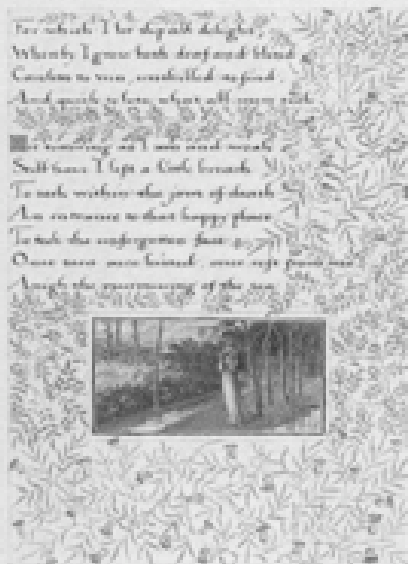
Reclus— fuese admitido en la Academia Francesa. Marguerite Yourcenar, al obtener el ingreso a la misma Academia Francesa, sugeriría el cambio, por un puñal, de la simbólica espada tradicional. Es interminable la lista de las lecturas preferentes de cada autor. Alejandro Magno se hizo lector bajo los consejos de su maestro Aristóteles; para Victor Hugo, la poesía de Baudelaire fue su favorita; *Los miserables* de Victor Hugo, para Mario Vargas Llosa; *Cien años de soledad* de García Márquez, para Álvaro Mutis; *El último puritano* de Santayana, para Agustín Yáñez; *Robinson Crusoe* de Daniel Defoe, para Santayana; *La metamorfosis* de Kafka, para Paul Claudel; *La náusea* de Jean-Paul Sartre, para Michel Tournier; *La montaña mágica* de Thomas Mann, para María Zambrano; *Las memorias de Adriano* de Marguerite Yourcenar, para Ignacio Solares... Seguirían los ejemplos de Harold Bloom, que considera *El cerco de Lisboa* como la mejor obra de José Saramago, y la revelación del propio Bloom que, de quedarse en una

soledad hipotética, elegiría las dos partes de *Enrique II* de Shakespeare. En fin, una navegación donde no podrían faltar ni la frase de Emerson, “todo libro es una cita extraída de sus palabras”, ni la de Marguerite Duras, “el mundo existe porque el libro existe”, ni la síntesis expresada por el político español Felipe González: “Si no leo, no gobierno”.

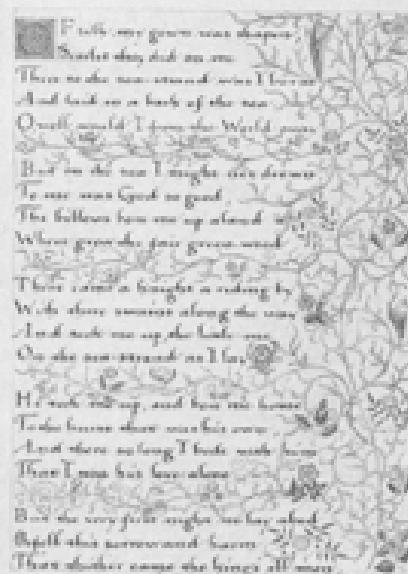
Concluyo con la referencia obligada de mi travesía personal. Sintomático del lector voraz en que los años me convertirían pudiera ser que antes de llegar a la escuela de párvulos ya leía completo el alfabeto, aprendido en las cabezas y titulares de los periódicos diarios, bajo la guía de mi padre, un tipógrafo de cuerpo entero. No tardaría en devorar, dentro de las limitaciones de nuestro hogar y, sobre todo, de las posibilidades de la biblioteca pública, los libros primeros de Salgari, las aventuras de Guillermo Tell y de Búfalo Bill, *Los tres mosqueteros*, *La vuelta al mundo en ochenta días*, *Robinson Crusoe*, *La isla del tesoro*. Y más adelante, sería lector devoto de

Ciertamente, hay libros que marcan de una manera definitiva la vida de cada uno. Tal es el de *Don Quijote de la Mancha* en mi circunstancia personal.

A GARDEN BY THE SEA



THE BALLAD OF CHRISTINE.



Machado, García Lorca, Juan Ramón Jiménez, Zolá, Balzac, León Tolstoi, Anatole France, Schopenhauer, Nietzsche, Rousseau, Voltaire y otros muchos, de mi primera juventud. Tan desbordante era mi pasión lectora, que no vacilé en vender viseras a la entrada de la Plaza de Toros de Santander para reunir la peseta que costaba el *Klina Kyralina* de Panait Istrati, llamado “El Go rki de los Balcanes”, un autor predilecto entonces de los simpatizantes anarquistas. En estas lecturas inolvidables, me conmovió el discurso de Engels ante la tumba de Carlos Marx. Y quedó anclada en mi primera memoria la trilogía de *Sotileza* de José María Pereda, *Juan Cristóbal* de Romain Rolland y *El corazón de las tinieblas* de Joseph Conrad.

Ciertamente, hay libros que marcan de una manera definitiva la vida de cada uno. Tal es el de *Don Quijote*

de la Mancha en mi circunstancia personal. A las puertas alambradas del campo de concentración de Argelés Sur-Mer, concluida la Guerra Civil con la derrota de la República Española, intercambiamos un libro que se ofrecía por una cajetilla de cigarros. El librito resultó ser una edición de Calleja de 1906 del Noble Hidalgo de la Mancha. Dejo a su imaginación lo que a mí produjo leer, tantas veces repetidas, entre piojos de todos los colores, un libro que hacía de la locura el escondite de las verdades de su tiempo, transformando nuestras miserias entre locos reales, en sueños de redención y en antorchas de esperanza. Sabríamos que el privilegio de la luz nos conduciría, para seguir leyendo, todos los días, a todas las horas, hasta llegar a la patria generosa de la hospitalidad, el México del año 1940, donde los libros se convirtieron en auténtica asignatura de mi vida. **U**

Navegar por el ancho mar de los libros es uno de los grandes placeres existenciales. Nuestro barco es demasiado pequeño para dar cabida detallada de su historia.